

del individuo libre, la idea de la nacionalidad autónoma. Si le apurais mucho maldecirá toda la civilización y dirá que el ideal está á nuestras espaldas, en lo pasado, como cualquier neo-católico. Así nada le incomoda tanto como nuestras grandes transformaciones políticas. Todo discípulo suyo, que se interesa por la República, está seguro de recibir una excomunión mayor. Él atizará durante tres años las cóleras de los pueblos contra los republicanos, contra los demócratas, contra los que se bañan en el éter, en lo azul, y desconocen las rojas ideas que deben llenar y henchir las venas de una revolución verdadera. Él maldecirá de sus más ardientes sectarios, venidos á España durante la revolución de Setiembre, porque han gritado «Viva la República,» cuando debieron gritar «Viva el Colectivismo,» aunque jamás los pueblos me-

ridionales hubieran llegado á comprender esa extraña idea. Él irá á Lyon durante los primeros días de Setiembre, pero á excitar las muchedumbres contra un Gobierno que tenía el terrible ministerio de fundar la República y de salvar la Francia. Él aplaudirá á los comuneros de París, que han dejado tras sí en el suelo un rastro de sangre, de lágrimas, de asfixiante humo, y en las conciencias, en los ánimos, un espíritu de reacción al que difícilmente podremos arrancar nuestros penates, nuestras libertades y nuestros derechos. El viento de la estepa rusa ha pasado por el alma de Bakounine, y Bakounine ha derramado ese viento asolador en toda Europa. ¡Ah! Solamente son fecundas las ideas que germinan, y brotan, y florecen y fructifican en el seno de la libertad.

CAPITULO XXVIII.

IMPORTANCIA POLÍTICA DEL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN ALEMANIA.

Lo hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania, mucho más que en ninguna otra nación. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religion, habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepción inmaculada de María y sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido á la antigua fé, del artículo relativo á la Infallibilidad del Pontífice; nosotros que, puestos á creer, nos dá lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la versión

ó las interpretaciones de algunos versículos de la Biblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre arbitrio ó en la gracia, cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradición y su enseñanza á la autoridad infalible de la Iglesia.

Mas, parando mientes en el influjo que ha tenido la religion sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política allí conseguida siempre por ideas y problemas, apenas sostenidos por nuestra fé rutinaria en la apartada y luminosa esfera de la teología ó de la moral. La religion ha creado ese espíritu interior, íntimo, propio de las razas germánicas, que se aíslan severas en su conciencia, y que crean y fortalecen de esta suerte el principio capitalísimo de su política, el principio de la personalidad. Por más que los filósofos se empeñen, es hasta ahora imposible borrar la virtud de los dogmas teoló-

gicos en la vida práctica y en la vida política. Sobre nuestro sentimiento, sobre nuestra razón, hasta sobre nuestra fantasía se extiende, como el cielo sobre nuestras frentes, la idea misteriosa de lo infinito, de lo eterno, por la cual suspiran al cabo los más puros deseos humanos, y de la cual desciende la inspiración sobre las artes, la luz sobre las ciencias, la esperanza de la inmortalidad sobre toda fugaz y frágil vida.

Mas no es la relación de lo finito con lo infinito el principal carácter de la idea religiosa. Su virtud, su fuerza creadora se extienden á las relaciones sociales y á las leyes políticas. Así como decía Plotino, que cada alma se crea, se cincela un cuerpo á su imagen, podemos decir nosotros, que toda raza, todo pueblo tiende á formarse en la religión y en sus dogmas un alma en armonía con su temperamento, su complexión y su historia. El pueblo hebreo vé surgir en el inmenso desierto, cuando marcha desde Egipto á la tierra prometida, como un sol de su conciencia, el Dios, uno y provido, que le guía con sus columnas de fuego y le alimenta con su lluvia de maná; y allá, en el cautiverio, cuando el férreo látigo de los tiranos vibra sobre sus espaldas, y el sombrío curso de extranjero río corre á sus plantas, bajo los saúces del destierro, á los ecos de la elegiaca arpa, brota el mesianismo, la religión de la esperanza que otras razas debían aceptar y cumplir.

Cuando el pueblo griego arrancaba á la naturaleza la idea de la ciudad individual, heredera de los antiguos imperios y madre de las futuras democracias, cincelaba, pulía los dioses venidos del Oriente, y elevaba en ellos, en su radiante hermosura, la imagen del hombre al Olimpo. Así, el egipcio, que se levanta en continente africano entre los pueblos europeos y los pueblos asiáticos, término medio del gran silogismo de la historia universal, sacerdote que revela á Grecia los misterios de Oriente, conserva en su teogonía el sabeismo, la luz, el alma de las regiones orientales; y

caliente, y abriga el germen del politeísmo helénico, el alma de las religiones de Occidente. Su religión parece la religión de la muerte y de la inmortalidad; sus sepulcros, ciudades de ideas alzadas entre los confines de dos mundos; sus momias, los dioses orientales, caídos de sus altares, muertos al pié de sus teocracias, embalsamados y conservados por filtros misteriosos, para ir á resucitar en las tierras occidentales, en Grecia, en Sicilia, en Italia, al conjuro de los oradores de los poetas y de los filósofos.

Las ciudades semíticas de la Mesopotamia, Nínive, Babilonia, capitales de las tribus caldeas, que han recorrido el desierto con los ojos fijos en el cielo, tendrán por dioses las estrellas, por dogmas los principios esenciales á su naciente astronomía, por la universal inteligencia, que compenetra y dirige el Universo, los eternos efluvios de la increada luz. Nuestros más antiguos progenitores, los arios, llevaban ya en los indecisos comienzos de sus primeros días, en las letras iniciales de sus primitivos himnos, los dioses, que luego han de adorar los helenos y los latinos en sus ciudades, los germanos y los eslavos en sus bosques. El cielo y la tierra; las estrellas que se pierden allá en los abismos del espacio y las arenas que se pierden allá en los abismos del mar; las montañas elevadísimas, y los nublados que ciñen su cintura, y los ríos que manan de sus plantas; las ondas que se agitan coronadas de diademas de espuma, y los vientos que corren desatados entre las continuas palpaciones de las verdes oceánicas aguas; el éther con sus cerúleos matices y la atmósfera con sus brisas y sus áuras; el rosado alborear de la aurora y el misterioso reflejo del crepúsculo; todo cuanto existe en la inmensidad, todo cuanto vive en lo infinito, se halla poblado de dioses varios; almas de las cosas, como Savitar, el productor de la vida y de los organismos que llegará á ser el Saturno de los antiguos latinos; como Añi, el principio de vida, el calor universal, el elemento

ígneo que abriga al Universo, y que andando el tiempo ha de ser Hefestos en Atenas y Vesta en Roma; como el Indra, que allá en el extremo Oriente es el centelleante relámpago y que aquí en el extremo Occidente es el fulminante padre Júpiter; como Varouna, que es el cielo tendido, primero sobre el Himalaya y el Ganges, y luego Urano, el cielo tendido sobre el Híbla y el Pireo; como la Muntar, madre tierra de los medos y persas, Modor, tierra también de los anglo-sajones, Hertha, tierra también de los germanos; cual si todos los hijos de la misma raza ariá, en toda la dilatación de los tiempos, quisieran vivir y morir en el seno de la diosa, donde todos han tenido su cuna y donde todos tendrán su sepultura.

Y si los pueblos antiguos, si los pueblos primitivos se han atenido á la religión, ó bien creada ó bien admitida por ellos, que estaba más en armonía con su carácter; ¿los pueblos modernos, ya maduros, no habrán prescindido de esto, y tomado solo de las religiones su moral y su dogma? No. Un mismo dogma, una misma moral, constituye en su esencia el cristianismo. Para llamarse con derecho cristiano, se necesita creer en Dios y en la providencia de Dios, en la redención de la primera culpa por los méritos de Cristo nuestro Salvador, en la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, en los premios y en los castigos eternos después de la muerte.

Creeríase que sobre estas bases no cabían variaciones posibles, y sin embargo, cada pueblo, cada raza fundamental de Europa, ha apropiado el cristianismo á su carácter y á su historia. Los griegos han levantado una ciudad santa cerca de sus mares, en oposición á la ciudad santa de los latinos, y allí han fundado una Iglesia, que tiene como la raza, cuyo espíritu alimenta, carácter metafísico antes que carácter moral; Iglesia, que ha celebrado los grandes concilios ecuménicos, las Asambleas constituyentes de nues-

tros esenciales dogmas, gobernándose aun por confederaciones eclesiásticas, recuerdo y remedo de las ligas anfictionicas en la antigua Grecia. Los romanos, los grandes unitarios de la historia, han llevado su unidad á su Iglesia: el dogma sagrado, la disciplina y la liturgia unos en lo posible; un Papa-rey, como el antiguo Emperador-Pontífice en el trono de la Ciudad Eterna; sus Prefectos y sus Pretores, en los Arzobispos y en los Obispos; su Senado, en el Cónclave; su prestigio en la ciudad menos cristiana y más idólatra del antiguo mundo, en la diosa Roma, que quiere conservar el dominio sobre las almas, ya que ha perdido el dominio sobre los pueblos; todo lo cual prueba que el catolicismo es el Imperio romano, y como el Imperio romano, eleva con el dogma de la Infalibilidad sus Césares á dioses.

Y á nuestros mismos ojos, en los últimos siglos del Cristianismo, sucede lo propio, se repite este fenómeno en todos los pueblos. El pueblo español, que es entre todos los modernos el cruzado por excelencia, combatiendo siete siglos con los infieles, y al concluir esta obra, llevando la cruz mantenida por la espada al Nuevo Mundo, profesa un Catolicismo exaltado, fanático, intolerante, como la guerra. El pueblo francés, que es un término medio entre las razas germánicas y las razas latinas, erige una Iglesia, término medio entre el Protestantismo y el Catolicismo, la Iglesia galicana, que estuvo á punto de merecer hasta en su más alta personificación, en Bossuet, un anatema del Papa.

En todos los fenómenos de la revolución religiosa de Inglaterra se notan los fenómenos mismos de su revolución política. Los anglosajones no podían dejar de entrar en la religión protestante, como no podían dejar de entrar en la política liberal. Raza individualista había de abrazar una religión individualista también, y había de ser como el brazo de esa religión en los mares. Pero la causa ocasional de la conversión de Inglaterr-

ra fué la voluntad y la pasión de un rey que deseaba constituir sobre la unidad fortísima de su reino su formidable autoridad. El principio hereditario de las monarquías contrastó y contradujo en parte el pensamiento y el propósito de los dos grandes reyes protestantes, de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra. El primero dejó su trono á María, que llevaba en sus venas la sangre de los fundadores de la Inquisición en España; y la segunda á los Estuardos, que tenían afinidades con los Guisardos, con los degolladores de los protestantes en Francia.

Así el protestantismo oficial inglés fué un protestantismo monárquico, aristocrático, más próximo á la antigua Iglesia católica que las otras sectas de la misma rama, protestantismo episcopal, con tendencias á constituir una especie de Pontificado británico semejante al Pontificado romano. Cuando se entra en la gran catedral protestante, en San Pablo de Lóndres, se echa de ver la distribución de capillas semejantes á las capillas de nuestras iglesias, como revelando que el príncipe, su fundador, tenía puesto el nombre en los registros oficiales del protestantismo, pero el corazón todo entero en los dogmas de la Iglesia católica. Por el principio hereditario de la monarquía hubiera vuelto Inglaterra al seno de la Iglesia católica á no haberse opuesto la nación, que sentía en sus venas la sangre de su raza, en su conciencia la idea de su individualidad, y en su corazón el sentimiento y el instinto evangélico. Y así los diversos partidos religiosos eran al mismo tiempo partidos políticos; los presbiterianos, enemigos del predominio real en las instituciones y del episcopado en la Iglesia; los independientes, amigos de los fueros del Parlamento en toda su extensión y de la libertad religiosa en toda su pureza; y Cronwell representa el principio liberal en religión, el principio republicano en política; pero fundados ambos en la autoridad y en la dictadura, tan alejadas de la Iglesia episcopal semi-católica como de los

niveladores, y de los demás exagerados, verdaderos demagogos en religión y en política.

Y lo que sucede en Inglaterra sucede con mayor razón todavía en Suiza. El jefe de su Reforma es al mismo tiempo el jefe de una gran democracia. Los protestantes podrán contar á Zuinglio entre sus apóstoles y sus doctores; los demócratas, los liberales, los republicanos le contaremos entre nuestros grandes tribunos, entre nuestros héroes, entre nuestros mártires. Nacido en las grandes montañas que hablan de Dios y de lo infinito; criado en las entrañas de la naturaleza; alimentada su inteligencia de grandes ideas, como su cuerpo de sanos alimentos; mezclando á la sangre de su corazón los más puros afectos, como al respirar de sus pulmones el más puro aire; de vida agreste y campesina en sus primeros años; de temperamento robusto, como la ruda y sublime tierra alpestre; durmiendo durante toda su primera educación á la hora en que volvían los ganados y se borraba el crepúsculo para levantarse, despertado por el gallo, cuando levantaban su vuelo las alondras y renacía la esperanza de una nueva mañana por los bordes últimos del horizonte en las primeras alboradas; cerca del cielo y lejos del mundo, como las aves; impregnada su alma de lo divino, cual una estrella del éter; en las batallas de la vida, conservó el candor de los pastores; en los trabajos é innovaciones de la reforma, el afecto á la tradición; en el seno de las ciudades, el aroma del cytiso en flor y el cántico del gilguero en celo; entre las cóleras de los hombres y de los partidos, la efusión infinita del aire y de la luz que se dan á todos los seres; y después de haber conversado con los filósofos y con los santos, bebiendo en la fuente sagrada de Platon y en las lágrimas amargas de Job, cantando los salmos de David y las odas de Píndaro, como si todas las corrientes del espíritu humano fueran á desaguarse en su espíritu, reducía las ideas más abstractas á vulgares, prácticas, tangibles

para repartirlas entre el pueblo, vivía en la predicación y en las oraciones; y moría, héroe en el combate, hermana de la caridad en los hospitales, tribuno en la plaza pública, sacerdote en el templo, revelador en todas partes, como mueren los grandes caracteres, que varían y tuercen con el soplo de su pensamiento, con la fuerza de su voluntad la corriente de los tiempos; moría en la pelea por la verdad, y en el seno purificador de un santo martirio.

Y su reforma nace, y crece, y se desarrolla en el seno de una democracia, de una República, de una libertad arraigada y antigua, teniendo por lo mismo todos los caracteres del medio en que nace y marchando resueltamente á modificarlo y mejorarlo. Menos combatido y menos contrariado que los otros reformadores, aparece mucho más sereno. Brota su reforma de la conciencia más que de la pasión; y se dirige á la razón más que al sentimiento. Sin romper tan abiertamente, como sus cooperadores en la obra común con el Papa y la Iglesia, sostiene tan solo aquello que expresamente en las Escrituras se encierra. Es un orador, y en su oratoria más brilla la luz filosófica que el fuego tribunicio. Es un sacerdote que predica la gracia y que se distingue por la caridad y la grandeza de sus actos, que reza y obra. La lógica de sus argumentos no daña á la síntesis de su sistema; ni la fuerza del raciocinio á la elocuencia de sus discursos. Encuentra frente á sí menos resistencia, y por lo mismo la combate con menor empuje revolucionario que los demás innovadores. Se ve que su alma individual es parte del alma de una gran democracia; que su educación íntima ha dimanado de las dos escuelas que pueden ofrecer la naturaleza y la sociedad, del campo y de la República.

Su obra es religiosa y política á un mismo tiempo. Predica los méritos de Cristo y eleva el derecho de cada cristiano; arranca de su corazón la antigua fé teocrática con la misma pujanza con que arranca de la tierra

las tradiciones feudales; habla de la santa cena como de una comunión religiosa y como de una comunión democrática; siembra con el odio á la tiranía espiritual, el odio á las aristocracias reaccionarias, y con la revolución en contra del cosmopolitismo romano el culto á la patria helvética; reforma los entendimientos y reforma las costumbres; pide que los sacerdotes dejen de llevar las almas al sacrificio ante las aras de una autoridad indiscutible y que los suizos dejen de llevar la sangre de sus más caros hijos al ejército de los despiadados déspotas para que no se convierta la cima de la naturaleza humana en pedestal de la tiranía monárquica; es, en verdad, su doctrina una religión y una República, el alma inmortal de Suiza regenerada por este arquero de las ideas, por este soldado de la lógica, por este Guillermo Tell del espíritu, que alza sobre la nación material otra más alta y más duradera que los altos eternos Alpes, la nación ideal de la conciencia.

Y donde quiera que aparece una grande aspiración social, es al punto impulsada ó seguida por una grande aspiración religiosa. La alegre Ginebra, que debía fundar la nueva moral del mundo democrático moderno, para no caer en las garras del águila de Saboya, su vecina codiciosa y rapáz, necesitaba de una religión severa, austerísima, que renovara la sociedad con sus dogmas, que sometiera á un yugo saludable los caracteres con su disciplina, que tocara de un lado á las altas cimas teológicas, y del otro lado á las profundas escabrosidades políticas; y encontró todo esto en estóico jóven francés por su origen, alemán por su pensamiento, grande escritor como cuadraba á una ciudad literaria, teólogo de la escuela de San Pablo y de San Agustín, jurisconsulto que unía á las más abstrusas concepciones de la metafísica la noción más clara del derecho. Muy diversamente ha sido juzgado el gran hombre; hasta de fatalista le tacha estrecha crítica que se pierde en las minuciosidades y no acierta á